

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: Calle LIMA núm. 487

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 7 DE ABRIL DE 1904

NÚM. 6

Ministro de Dios y Sangre de Cristo



—Ché, chocolino, decile á lo sangristano que gue ne ponga uno poguito de grappa con granadina nelle botellite. Lo fieles non conoscerán y yo ne estoy una poguito resfriato...

"LA EXPOSICIÓN ARGENTINA" *ALSINA 1640* *
* *BUENOS AIRES*

MUEBLES Y TAPICERÍA

LOCAL MUY VASTO Y MEJOR SURTIDO *↔* CASA DE CONFIANZA

Grandes depósitos centrales para guardar muebles. Se reciben muebles y objetos de arte en depósito garantizando su perfecta conservación.

CIGARRILLOS

"TRES CORONAS"

HABANOS

G. San Germier

POR CINCO PESOS *↔*

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semillas al gusto del comprador, un lindo obsequio y un **Calendario** de las sementeras. *

ALFALFA DE LA PAMPA

Calle LIMA, 1165 *↔* BUENOS AIRES

AGENCIA RISSO

ESMERALDA y CANGALLO

* BUENOS AIRES *

I. Bonansa

CIRUJANO — DENTISTA MECÁNICO

Calle MORENO núm. 990

— « BUENOS AIRES » —

Justino B. Lamarque

CIRUJANO - DENTISTA

Ex-Jefe del Consultorio de Odontología de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle ARTES núm. 543 BUENOS AIRES

Pinturería y Ferrería del Comercio

POR MAYOR Y MENOR

DE JOSUÉ BENZONI

Surtido general de Ferrería, Vidrios, Espejos, Lunas, Papeles pintados, Pinturas, Oleografías, etc., etc.

DEFENSA núm. 966 — BUENOS AIRES

LOS OBREROS Casa fundada

* en 1884 *

DE
FEDERICO ROVEDA

ROPA HECHA y ARTÍCULOS PARA TRABAJADORES

Calle DEFENSA núm. 619

NOTA: Nuestra ropa no se desdosa. Pida V. catálogo

A. Franchi & Cia.



Introducidos

DE
Máquinas

de Coser

Velocipedos

y **Armas**

DE
Todas Clases

Agentes de la acreditada máquina de coser

"SINGER"

SOCIEDAD ANÓNIMA DE PINTORES

Se encarga de todo trabajo perteneciente al ramo de pinturería, como blanqueo, empapelado, decoración, letreros y avisos de propaganda. Dirigirse al administrador: **F. Parada.**

735 - CALLE DEFENSA - 735

Calle CUYO, 1121

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: Calle LIMA núm. 487

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 7 DE ABRIL DE 1904

NÚM. 6

CRÓNICA GAUCHA

Cristo.—La resurrección y otros milagros.—Los con fé y los sin fé.—Cristo en el templo y Cristo en la caye.—Un guachito.—

Cristo murió. Y Cristo risusitó. Ansina disen y ansina a e ser si no mienten. Si Cristo ubiera risusitao antes de naser y dispúes de naser ubiera risusitao sin aberse muerto, lo mesmo ubiera sido. Gota mas, gota menos, siempre el veneno es el mismo. Y cuanto mas gordo, mas milagro, que siempre se traga á sígün el gañote que se tenga. Lastima grande que'l mio dende que dentre á pensar se me aya estrechao tanto que apenas puedo pasar los bocaos mas masticacos. Y á los milagros no ay diente que los parta. O se tragan enteros ó no se tragan. Y claro stá qu'este de la risurrección como muchas otras cosas que no son milagros, aunque se les parezcan, al quererlas embuchar se me atrabancan y no hay fuerza que me las aga dentrar.

¡Y que aserle al dolor! Naide puede aser lo que no puede, por mas que lo traten de animal. Porque ansina yaman los *con fé* á los *sin fé*. Y ansina es como los creyentes se diferencian de los animales. Estos no creen porque no pueden, y eyos creen que se creen pa diferenciarlos toavía mas, y porque pueden.

Entonces pa no ser animales ay que creer. Y á falta de gúenas, cualquier cosa. Cada tierra con sus disparates y en tuitas el mesmo con distintas aprensias, dende la mas salvaje hasta la mas sevilisada; lo que demuestra que las entenderas an criaos mas fama que uso an tenido á que tuito es cuestion de tragaderas.

Y ansina á sido que'l mundo a tenido y tiene mas dioses que gúenas asiones á cumplido el ombre.

Y uso, que á sígün se dise, por los dioses se cumplen estas, aunque este gauchito podría esir que si los dioses tuito lo han echo, entre ese tuito está el mal. Y que si emos de culpar al mal, no emos de culpar al que lo ase, sino al que lo iso.

Y Cristo murió. Y esto naide podrá dudarle si es que existió. Y Cristo resusitó. Y aqui ya no se comprende; ni siquiera que por haber resusitao juera mas güeno. Pero así manda la fé. Y digo, entonces, ¿si Dios esije la fé pa que nos abrá dao la razón? Porque siendo perfeta tuita la obra de Dios, y no dentroando riasion mejor no hay gana que nos la de aber dao pa mejor finir la fé y no peliarla. Que peliandola sería lo mismo que dir contra lo que ordena. Y mas todavía; porque no siendo así nos abría dao la fé pa matar la razon, lo que aria mayor frangoyo, pues apenas se chocan, y anda la fé mas corrida que sorro perseguido por la perrada.

Y Cristo murió pa salvarnos. ¡De qué! Del mesmo. Y Cristo s'iso hombre padeseo pa enseñarnos á ser padeseadores, pues que solo pa padeseo nos abía echo Dios. ¡Que bondad! Y Cristo era güeno y era Dios, el mismo Dios que nos abía criao pa padeseo. Yo no comprendo ermanos, sino lo que yo sería si ubiera criao mis hijos p' aserlos penar.

Pero la fé manda. Y así Cristo en l'iglesia, Cristo en el cielo, Cristo en la cruz, Cristo en la boca, Cristo en l'idea, Cristo en l'ostia, Cristo po ande caiga, comulgao, adorado, aparesido, muerto, risusitao. Memament: Cristo yanendo el mundo... e los cristianos, es mas difisil d'entrar que sentavo perdido en las cayes del poblar. Y digo, Cristo. Toavía pasara. Pero ni su doctrina, mas inorada que morisquetas de muerto enserra en un cajón. ¡Se acuerdan, ermanos? "Amá á tu prójimo como vos mesmo." Y el mas gran contrario del prójimo, es el prójimo mesmo.

Y á Cristo lo an agarrao pa mas cristio, y así lo tienen mas sobao que cuero e lonja.

¡Qué no le asen! ¡Quién no lo baba? ¡Quién no lo ofende y amandolo Dios ó insultandolo porque lo asen Dios? ¡Quién no lo negocia, dende el ricachón que vive del trabajo ajeno, asta el limosnero que vive á costa de la vergüenza propia?

Y Cristo pa cá, y Cristo pa yá, en tuitos los lugares y

en tuitas las posturas. Cristo comersiao en el sielo y en la tierra. Cristo milagrandio al mejor postor. ¡Pobre Cristo! ¡Pa que sirvió tu ejemplo? Te ajustisaron. Y tus discípulos siguen ajustisando. Perdonaste la Magdalena. Y tuitas las Madalenas son apiedradas. Rebenquistaste á los mercachifles del templo. Y á vos mesmo te an convertido en preuda de mercachifle. Dijiste que mas fácil era den trase un cameyo po el aujero de una uja que un rico en el sielo. Y al sielo solo dentran los ricos que gastan plata en funerales y misas. Predicaste el perdón y la toleransia. Y naide perdona y tus representantes menos que naide. Moriste por salvarlos á tuitos. Y no se salvan mas que los que se le agachan al flaire, dejándose manitar la consensia, el bolsiyo y toavía alguna otra cosa.

La verdá ermanos que no se puede insultar á Cristo de pior manera que yamandolo Dios. Endevaras ermanos, que no se podría titear de pior manera á un ombre güeno, que defendió lo que creyó güeno y que como güeno murió. ¡Ah, ermanos, si Cristo jué escupido, abofetiao y de tuitas maneras escarnesido, escupido, abofetiao y de tuitas maneras es escarnesida su doctrina y memoria.

Y lo adoran y lo cuidan ni mas ni menos que tuitos los pájaros de garra y pico fuerte, adoran y cuidan en los campos la presa que agonisa. Y toavía si juera solo pa comerlo. Pero no. Pa comerse y oprimir tuita esa umanidá que'l quiso salvar y por la que murió.

¡Del pesebre lo sielo! ¡De la cruz al trono! ¡Pobre ombre manso! Da mas lastima lo que oy te asen que lo que te isieron. ¡Si parece que toavía te estuvieran asiendo penar! ¡Escupanme ermanos sino es sierto!

¡Y vaya con los *con fé* que yaman animales á los *sin fé*. Y vaya con esos mansos que como el tigre no atroyean sino de atrás. ¡Hiproquitas! ¡Y pucha que saben lo que créni! Ansina el caso e los paisanos que cuenta uno d'esos rílatos sin tata que'l pueblo guarda pa rairse un poquito en medio e sus penas diarias.

Lo an de saber ermanos, pero no le ase, si cai en tiempo. No á e faltar quien lo inore. Y el que no sepa aprendia que bajo la más umilde aprensia, en tuito lo que del pueblo nase, ay su filosofia y enseñansa.

Voy pues á contar el cuento.

Dos paisanos se yegaron á l'iglesia del pueblo pa confesarse. Uno se quedó ajuera pa cuiar los cabayos; el otro dentro. Arrodiyao ante el flaire, le dijo este:

—Resá el yo pecador.

—No se, contestó el gauchito.

—Resá entonces el padre nuestro ó el ave maria.

—Tampoco sé, padre.

El flaire se aborrotó:

—Animal (Y eso qu'el paisano tenía fé) sabrás siquiera ande está Cristo? ruijó con los carryos mas infla qu'infiada tenía la pansa.

El pobre gauchito se encogió. ¡Si lo estaba gritando el representante de Tata Dios!...

—Vea, padre, dijo umilmente, acabo e yegar de pajuera. No sé ande estará.

Y salió yendo.

—Ché ermano, le dijo el compañero. El flaire no sabe ande está el Cristo. ¡Lo an roba! Y pa mi que reselan de nosotros....

Y salieron como chijeta.

Y ansina son los *con fé* que á náides disparan mas que a si mesmos. Y ansina las cuenta esta gauchito que no traga lo que no masca y que tiene entenderas pa usarlas y no pa diferenciarlas é los animales, como tantos *con fé* d'esta y otras tierras qu'inoran quien jué y que dijo Cristo, pero que saben qu'es una de las tres personas que asen una sola y que nació de una virgen que se la entendía con él mesmo difrasado de paloma...

CAMILUCHO TRESEMARIAS.

Es cosa cierta y sabida que al juntarse dos paisanos para tomar la mañana ó hacer las once en el campo, por mas amigos que sean, cuando apuran mucho el trago y se les va la bebida á la cabeza, ¡adios, diablos! la amistad y el parentesco, el respeto al *compadrazgo*, las promesas de cariño, todo eso lo echan á un lado, y solo á *contrapuntarse* se sienten ya preparados.

Así fué que esa mañana muy formales se sentaron Rufo y Vega á platicar; mas, luego que se vaciaron de aguardiente una limeta, al punto que se *templaron* ya les entró el *hormigueo*; y como estaba *enclenado* por el canto el Santiaguero, así como el gaucho Santos, ofendido en su amor propio, se hallaba mas que picado por las muchas *indirectas* que ya le habla soltado Rufo, en las ponderaciones con que le pintó á Monsalbo y á Lechuza el payador.... Vega y Rufo principiaron con malicia entre uno y otro á decirse dicharachos, y á mirarse haciendo gestos, torciendo la boca á un lado, con los demás ademanes que saben hacer los gauchos, desde luego que se ponen de la cabeza *pesados*.... lo que llaman divertirse.

¡Vaya! pues, en ese estado se pusieron ese día Tolosa y el viejo Santos: inquietos y *cosquillosos*, y mas que todo *desiando*, retrucarse el uno al otro, al menor *equivocado*. Pero, á decir la verdad, Vega estaba mas *pesado* de la cabeza al instante en que Rufo, continuando de la Lunareja el cuento, soltó en chacha un dicharacho, que verán mas adelante; y oigan cómo vino el caso. Después de que el Santiaguero antes descansó pitando, y que Vega le pidió, fingiéndose interesado, en que prosiguiera el cuento del memorista Monsalbo; Tolosa, tambien fingiendo seguilo de buen agrado, díjoles á Vega y Juana: Prosigue pues.... Y echó un trago.

TOLOSA

Como les iba diciendo en ese triste relato, mi compadre nos contó que, adonde la cautivaron á la Lunareja, fué en la villa de los Ranchos; y diz que, ese mesmo día los Pampas le *diferenciaron* allí mesmo sin pedirle al marido, que era un guapo capitán de los dragones; pero al infeliz lo hallaron con una pierna quebrada, y en la cama lo mataron. Luego, allí mesmo los indios á su madre la chucilaron....

VEGA

¡A la suya chuciliar! porque á la mía, ¡barajón! no la cojeron los Indios ni á cien leguas de los Ranchos, porque era santafecina; y sin salir de su pago, que fué la mesma ciudad, al cumplir ventidos años, cuando era yo tan chiquito que me dejaba *gatiando* por irse á sus devociones, murió moza, de un empacho

de un chocho con requeson, que un bendito franciscano al confesarla una siesta le dió en el *confionario*.

TOLOSA

¡La gran punta y truco al chocho, al requeson y al empacho! Pero, amigo, por las dudas, dígame: ¿usté es Paraguayo, ó Tarijeño?

VEGA

Soy Puntano.

TOLOSA

Por eso tan puntiagudas cuchufletas me ha soltado *endantes*, cuando quisie decirle, derecho y claro, que á la madre de la viuda á chuzazos la mataron: no á la suya ni á la mía. ¡Ah, viejito *vivaracho*!

VEGA

¡Dígame he de ser, si no tengo ni cosquillas! Pero, veamos si tiene usté fundamento al darme ese titulado, mientras yo veo que usté sabe largarse á lo gaucho; pues, cuando menos pensé, me soltó ese *chagarazo* de la "chuciada á su madre en la villa de los Ranchos", por lo que yo *corcové* con fundamento sobrado.

TOLOSA

Corcovió de cosquilloso.

VEGA

¡Qué cosquillas, ni que diablos! Lo mesmo habria hécho usté, si hubiese estao en mi caso, ó habria hecho otro cualquiera; y sino, escuche. paisano, le haré una comparación.

Si usté *muenta* en un caballo, en el cual tiene confianza por ser de su *silla* y manso, como aquel en que lo vide el otro día montado, ó en cualesquier mancarron; si usté *muenta* y sale al tranco á pasar con un amigo, con el cual va platicando fórmalmente y de manera que sigue usté paso á paso, de modo que el mancarron va tranquilo *morronguando*... dígame: si de improviso le pega usté un rebencazo y le cruza las *verijas*, ¡el pingo mas aporriado, mas humilde y sufridor, no *maquesa*, y de un colazo le retreuca?... y, si es colado como usté...

TOLOSA

¡Como yo!

VEGA

Déjeme hablar, ¡voto al diablo! coludo, ¡ha yo á decir, como usté sabe montarlos, porque la cola le he visto...

TOLOSA

¡A mi, cola!

VEGA

Al rabricano se la vide en la *tapera*, allá adonde nos *apiamos*; y adonde del *manicador* me *aocerqué* á desenredarlo, y vide que le pasaba de las *ranillas* abajo.

¡Qué cola! Así al caminar, como una raja de arado surcó hacia en el suelo, y hasta abrojos vino alzando, que usté se los arrancó luego, aquí al desenollarlo. ¿No es verdad? Respuendame.

TOLOSA

Es verdá; pero, entre tanto,

más cierto es y más notorio que usté se va *destapando* en vivezas. las que yo se las he de ir *retrucando*, *pico á pico*, y tiro á tiro, á la fija, sin embargo de que usté, ya se lo dije, es viejito y *vivaracho*, y me lleva la ventaja de que, siendo veterano, á *pele* le ha de venir aquel refran antigualló, que de un modo incontestable dice, corto, lindo y claro, de que "el diablo sabe mas por viejo, que por ser diablo".

VEGA

Salga, amigo, no *eche pelos* en la *leche*, deje á un lado todas esas aprensiones al *ñudo*; vamos al grano. ¡Qué se propone decirme con todo ese preluidiado!

TOLOSA

¡A eso voy; pero, ¡por Cristo! no me salga usted *chutando* si me turbo en algún dicho, como hizo hace poco rato, cuando en su comparación, aquella del pingo manso, me prendió muy suavemente la cola del rabricano: *gauchada* que le agradezco, porque el salir de un engaño me hizo; y le voy á decir del error que me ha sacado con respecto á *linandades*. Escúcheme, pues, paisano. Ayer sobre una alcachofa de cardo seco en el campo yo vide, sobre sus *guevos*, dejarse *cair* un carancho como usté...

VEGA

¡Como su agüelo!

TOLOSA

¡Otra *guelta*, voto al diablo! Como usté debe haber visto, no digo uno, sino varios.

Bueno, pues; todos sabemos muy bien que esos pajarracos no pesan lo que un *chingolo*, sino que son muy pesados, lo mesmo que sus nidadas; así, no sé como diablos á esa doble pesadéz la apuntala un solo tallo, débil, giteco, quebradizo; y de vilgo coronado de la rueda de alcachofas donde se anida el carancho. Pues allí se deja *cair* de golpe, desde muy alto, con tal maña y suavidad que apenas se *due* la el cardo. ¡Ha visto, amigo, una cosa mas *almirable* en el campo?

Y dígame: ¿le parece esa suavidad un milagro? Pues á mi no me parece tan *almirable* ese caso. Porque, como antes le dije, he salido de un engaño, y estoy mas que convencido que no es tan suave un carancho, al echarse en su nidada, al vuelo, de lo mas alto, como usté cuando á lo zorro se le echa encima á un cristiano.

VEGA

¡Ja, ja, ja! Riase, amigo, no haga en adelante caso de palabras que yo suelte sin intención de agraviarlo... Y permítame, si gusta, continuar mi preguntado, aquel, el que usté cortó con sus guevos de carancho. Con que, basta con lo dicho; ya nos hemos *retrucado*. Vámonos, pues, á *ba' eja*, y, como gueños paisanos, acábase el tiroteo, y quedémosnos á mano.

Como la otra, esta Cenicienta era muy hermosa. Cuando niña, cuando su buen padre el herrero vivía, ella era la criatura más coqueta del barrio, y se había criado entre besos y sonrisas.

Después un huracán de muerte había pasado sobre su hogar tranquilo y quedóse sola con sus hermanas, que se inclinaban pálidas sobre sus máquinas de coser, en las que se pasaban doce horas, largas horas de meditación y de labor.

Como ella era la más chica, y no podía trabajar en otra cosa, hacía de fregona, y, cuando tuvo doce años, de cocinera también.

Su cuerpecito menudo, que bastaba para guardar su almita llena de luz, no soportaba bien el rudo trabajo de sus días. Sus manecitas, que tantos besos recibieran, se ponían de un color negruzco, y perdían su gracia y su frescura.

Cierta vez, una viejita vecina le había referido la historia de Cenicienta, y ella, en su candidez

de niña, empezó a soñar con los zapatitos de cristal y la hermosa iluminación de una fiesta de príncipes.

Y, desde entonces, tenía la coquetería de mirarse en un espejito muy chico y le pasarse los dedos por las cejas, para asentarlas, como hacían sus hermanas cuando se vestían para ir a entregar costuras. Inclinada sobre el piso que fregaba, llena de fatiga, entretenía su imaginación, con fruiciones secretas, en aquella ilusión que obsesionaba su espíritu. Se imaginaba cada día, que esa noche saldrían sus hermanas muy arregladas, para ir a las fiestas suntuosas del príncipe, mientras ella, muy triste, preparaba las cosas para el día siguiente. Y creía verlas ataviadas, alejarse en suntuosas carrozas, y se complacía en la imaginaria pero honda pena de su desamparo. Veía, después, llena de admiración, a la hermosa hada, que la transformaba en una elegante señorita, que enamoraría al príncipe bello, cargado de joyas.

Y pasaron los años sin luz, llenos de monótona tristeza, entre las lágrimas lentas de sus hermanas mártires; y su sueño infantil se apagaba en su almita sin sol, como un recuerdo cada día más lánguido, como una esperanza cada vez más imposible. Y continuaba siendo linda, muy linda; pero sus manos eran como manos de obrera y sus piecitos de antes se habían deformado, volviéndose grandes y pesados; era imposible que pudiesen llevar zapatitos de cristal.

La que le daba la última reminiscencia de su sueño, cuando empezó a sentir las primeras impaciencias misteriosas del amor. Y entonces su almita triste comenzó otra vez a revolotear, a explorar unos mundos ignorados llenos de luz y armonía, en los cuales su espíritu soñador se aventuraba con éxtasis divino, escuchando murmullos encantadores de una música indescriptible, que sin tocar sus oídos, sonaba gratamente en su corazón y conmovía todas las fibras de su cuerpecito raquitico, mal crecido, falto del soberano vigor de la verdadera vida.

En esa época comenzó a fijarse en los jóvenes

que pasaban; empezó a comprender el sentido de ciertas palabras lanzadas a su lado con tranquila audacia, y sintió mucho miedo, como si tantas caricias pasajeras envenenasen su sueño, aquel sueño de niña que continuaba floreciendo en su almita siempre infantil. Después escuchó las confidencias de sus amigas; supo muchas cosas que ignoraba, y, riéndose de su tonto sueño de niña, comprendió que debía soñar en un jover obrero, algún fuerte herrero como su padre, atleta de robustos brazos y corazón tierno. Y se complacía en esperar un cariño dulcísimo, con muchos besos, con una adoración continua. En su semi-conciencia de ignorante, comprendía que amar y ser amada sería una dicha muy grande, y se complacía en creer que ese amor debía durar siempre, con toda su ternura íntegra, toda la vida.

De pronto, le pareció que su sueño se realizaba.



Jack era un herrero fuerte; un atleta que tenía ojos muy tiernos. Aunque siempre lo veía muy sucio, empezó a quererlo; de pronto, su nombre y su imagen llenaron completamente el pensamiento de la linda Cenicienta. Se esforzaba ella en pensar que él era bueno, dulce, cariñoso. Y tan hermosamente cándida era su creencia que disimuló sus defectos visibles con piadosas disculpas mentales, y, aun cuando, varias veces, le vió embriagado, no atribuyó a eso ninguna importancia;

pensó que ella le curaría de todos sus vicios y le aceptó como novio, radiante de alegría.

Sonó unas bodas hermosas, unas bodas delicadas como su cuerpecito infimo, y transformó a Jack en príncipe galante y cortés, mientras, por una hilación al parecer ilógica, soñaba también en un hogar muy pobre, pero muy limpio, y, sobre todo, rebozante de amor.

Las bodas fueron tristes; Jack bebió mucho esa noche; fué, como siempre, brutal, y sus caricias eran audaces y groseras... El hogar, triste, la vió languidecer en poco tiempo; cayó ella en una somnolencia de maniática, que seguía soñando una dicha imposible, un éxtasis de ternura que estaba lejos, allá donde su mente colocaba, cada día, una nueva baraja, en un gran edificio construido en el espacio, un edificio y un espacio imposibles. Sus nervios delicados envenenaron lentamente su cuerpo y, a medida que Cenicienta languidecía, Jack se alejaba del hogar. Murió, tranquila y soñadora, como una luz que se apaga. Como las luces, tuvo también un resurgimiento de vida, un gran resurgimiento en ese instante supremo, pues Jack, al verla expirante, sintió una inmensa ternura de despedida, y la besó... la besó con un beso dulce, largo, tembloroso; el primer beso de ternura, mojado con la primera lágrima de amor!

Y en la postrera palpitación de su corazón, entre la bruma del no ser que avanzaba, vió Cenicienta a su príncipe Jack muy ataviado, llevando del brazo a su Cenicienta muy hermosa, con zapatitos de cristal, que se deslizaban, sin ruido, sobre las espesas alfombras de un gran salón, iluminado como en las bodas de los príncipes.

DEFINICIONES CRIOLLAS

(La escena pasa en clase, entrada del profesor, tieso, abrochado hasta el cuello en un largo levitón; se acomoda en la tribuna, tose y se suena; sus lentes relampaguean á cada momento).

Profesor—Ayer les he dicho qué cosa es de fin-i-ci-ón; se que la memoria de Vds. es notable, más notable que la de un papagayo; ahora necesito ejemplos, quiero que Vds. los hagan para probarme que han entendido. Excuso repetir que los ejemplos deben ser locales, es decir, referirse siempre á Buenos Aires.

¿A ver! ¿qué es una fuente pública?

1.º estudiante—¿Fuente pública? Una macana de fierro sedienta de agua.

Profesor—(que había fruncido el ceño, serenándose)—En ninguna parte del mundo, amiguito, podría pasar eso que Vd. ha dicho, por la definición de una fuente pública - ni siquiera privada - pero convengo con Vd. que aquí, gracias á la municipalidad, sería difícil definirla de otro modo. Bueno, y ¿qué cosa es río?

1.º estudiante—Una inmensa extensión de agua que no sirve para nada.

2.º estudiante—Un caudal de agua invisible.

3.º estudiante—En donde está prohibido bañarse.

Profesor—¡Demonio! pero ¿de qué río están Vds. hablando?

1.º estudiante—¿El señor profesor no nos ha recomendado que tomemos los ejemplos en Buenos Aires? Nos estamos refiriendo al Río de la Plata.

Profesor (para sus adentros)—¡Estos granujas tienen razón! pero también, yo no puedo pedirles que me citen ejemplos del Bramaputra! (Alzando la voz): ¿Qué se entiende entre nosotros por soberanía del pueblo?

1.º estudiante—Ese derecho sacrosanto é inalienable que tenemos todos los ciudadanos á figurar en el censo.

Profesor (incrédulo)—¿Con nombre y apellido?

1.º estudiante—No señor, como unidad.

Profesor—¿Y qué cosa es pueblo?

1.º estudiante—Una muchedumbre indivisible y silenciosa; se hace sentir pagando los impuestos: ella prolonga la ciudad, es el ogro de los mercados de abasto y abastece los cementerios.

Profesor—Ya que estamos en esto ¿qué cosa es opinión pública?

1.º estudiante—Una porción de ceros que todos tenemos la facultad de agregar á nuestro modo de pensar; á fin de impresionar al vecino.

Profesor—¿Qué es un millonario?

1.º estudiante—El muerto del día, cuando deja varios millones.

Profesor—¿Acaso no hay millonarios vivos?

1.º estudiante—Ninguno conocido.

Profesor—¿Qué se entiende por una viuda?

1.º estudiante—El hombre-chancho que sale de noche á asustar á la gente.

2.º estudiante—Un pajarito chiquito con un collarito.

Profesor—¿Qué disparate! Estoy hablando de una mujer, quiero referirme á una viuda joven.

1.º estudiante—¿Viuda jóven? Es lo mismo que el contendiente que en un paso de armas queda desarmado en el primer asalto.

Profesor—Ustedes habrán oído, por casualidad, decir alguna vez: mi china.

¿Qué debe entenderse por esta cariñosa expresión?

1.º estudiante—Decimos mi china, como decimos mi casa, por hablar de algo que no nos pertenece y en el mejor de los casos tenemos alquilado.

Profesor (inquieta)—Salgamos al campo: ¿Qué cosa es una palmera?

1.º estudiante—Un quitasol de tul.

Profesor—¿Y el paseo de Palermo?

1.º estudiante—Una calesita de buen tono, en donde los caballos son de carne y las mujeres de madera.

Profesor—Aunque sea prematuro ¿qué cosa es una novia?

1.º estudiante—Un objeto de bazar, del que un cliente ha dicho «volveré por él.»

Profesor—¿Qué cosa es suegra?

1.º estudiante—El comerciante incorporado á la mercancia.

Profesor—¿Me atrevería á preguntarle que es una cocotte?

1.º estudiante (desdeñosamente)—Un juguete de ocasión siempre pintado de nuevo.

Profesor—¡Oye! me parece Vd. maduro para el matrimonio ¿sabe Vd. lo que es?

1.º estudiante—Una sociedad de socorros mutuos.

Profesor—¿Y el amor libre?

1.º estudiante—Un picnic que se prolonga indefinidamente.

Profesor—Maticemos: ¿Qué cosa es la ley?

1.º estudiante—Una medida tan falsa que con ella todos los hombres parecen iguales.

Profesor—No veo el inconveniente. ¿Cree Vd. entonces que hay diferencias tan grandes entre los hombres?

1.º estudiante—Para unos pocos que tienen temperamento, ¡cuántos no tienen sino temperatura!

Profesor—¿Qué es la Pampa?

1.º estudiante—Un paisaje bellissimo, al decir del buey ó del propietario.

Profesor—¿Qué se entiende por poeta?

1.º estudiante—Algo que no se entiende.

Profesor—Pero en fin, si se entendiera.

1.º estudiante—Un joven, más ó menos viejo, que á la par de Sansón tiene su fuerza en los cabellos, ó á la par de un motor tiene varios cabellos de fuerza.

Profesor—¿Cree Vd. como muchos de sus congéneres que la poesía tiende á desaparecer de la preocupación de los hombres?

1.º estudiante—De ninguna manera; el espíritu humano es magnificador por excelencia, lo es por naturaleza y por elección.

El hombre vuela con la imaginación como el pájaro con las alas, es cierto que tambien entre los pájaros se cuenta el pájaro-bobo, los petreles y los pengüinos, pájaros-niños, ó pájaros mancos, provistos apenas con un muñón de inválido; ellos son los que consideran inútil y hasta peligroso el vuelo del albatros, el del águila ó el del cóndor; es lo mismo que si se pretexto de utilidad pública, una asamblea de lombrices condenara á rampar á las mariposas.

Profesor—¡Bueno, bueno! señor poeta, ¿y que cosa es pedagogo?

1.º estudiante—Un instrumento de viento.

2.º estudiante—El cómico de la legua de la de la enseñanza.

Profesor—(carmesi y vociferando) Ahora verá Vd. lo que son dos chicos insolentes en penitencia: ¡Fulano y Zutano! á copiar quinientas veces, en letras gordas, la definición del pedagogo que voy á escribir en la pizarra; todos los demás pueden irse (el profesor se levanta majestuosamente y escribe con tiza en grandes letras blancas): «El pedagogo es el faro tutelar de la juventud; su luz fija, disipa las tinieblas y señala la gran ruta...»

Coro de niños (respetuosamente)—La grandísima ruta.

EDUARDO SCHIAFFINO.

Un vil ladrón, un vulgar asesino, con ejército, con cañones y unos cuantos centenares de serviles, puede someter, esclavizar, deprimir y corromper á todo un pueblo. Si en caso tal un ciudadano arma su brazo y, atacando de frente y con riesgo de la vida, se convierte en brazo armado de la ley agraviada, en vengador de su país, y da con el tirano en la muerte, no es posible equipararlo con un asesino cualquiera.

Ahora, ¿qué decir de las ventajas del tiranicidio sobre las revoluciones, medios tan frecuentemente ensayados para derrocar tiranías?

Que es más rápido, más seguro, más económico y más moral si bien se mira, cuando se trata de recuperar derechos esenciales, desconocidos por un hombre erigido en amo de un país.

Un pueblo, cuyo fin no es guerrear, al sentir un exceso de opresión se subleva, se enfurece, como un noble corcel medio salvaje al sentir la crueldad de los azotes; se arma, va á la guerra.

El medio es viril y recuerda en cierto modo el encuentro de dos hidalgos que van á cruzar sus aceros. Muy bien. Pero ese pueblo, contra quien volverá el tirano las mismas armas que se le dieran para defender las instituciones y los derechos de todos, será seguramente derrotado. Las mejores vidas, los corazones más honrados, corren á la pelea para sacar caballerescamente al tirano. Lo mejor del caso es que el tirano no se presenta caballerescamente ni de ningún otro modo.

Mandarà sus soldados á que se hagan matar por él, y en el peor de los trances huirá en un buque extranjero como hizo Rozas, si es posible llevándose todo el dinero que encuentre.

A las batallas contra los tiranos van los espíritus obedientes al llamado del deber, la juventud siempre generosa, la levadura moral de los pueblos. No van ni los réprobos, ni los cobardes,

ni los que se sienten bien con las cadenas. Cada muerto dejado en un campo de batalla, cada apóstol del bien, cada pensador sacrificado, importa un atraso en la marcha del progreso, un atraso para la moralidad de las naciones, un aumento de mal, de prostitución y de miseria, sóquito inseparable de las revoluciones.

Cierto que cualquier sacrificio en pro del derecho nunca es estéril, pero los sacrificios convertidos en sistema acaban por ser funestísimos, y en cuanto á los sacrificios colectivos para derrocar miserables tiranos, tan parecidos á los holocaustos de algunos pueblos bárbaros,—que ofrecían víctimas adolescentes á las divinidades infernales,—diremos que operan una verdadera contraselección.

Hasta donde sea justificable el derecho de defensa, tratándose de los individuos, es cosa que se ocupan detenidamente las leyes. Tratándose del interés de las multitudes y de su derecho de defensa, nadie ha legislado, como no se diga que el autor del «Tratado del Principe».

La opinión dividida y organizada en guerra no es más que un duelo leal entre muchos hombres, que opinando de distinta manera resuelven sus cuestiones según la fuerza. ¿Debe pensarse lo propio en presencia de un tirano? Se alega la maldad de los medios, si se piensa en el tiranicidio. En cuanto á los medios, siendo buenos, cuando se utilizan para hacer el mal, se convierten en malos; siendo malos, cuando se trata de hacer el bien, se atenúan.

Quebrarle un brazo á un hombre en una disputa es delito. Amputárselos ambos para salvarle la vida se considera y es efectivamente una buena acción. Hay grandeza y poesía en las grandes carnicerías de las batallas, pero siendo posible evitar muchas muertes con el sacrificio de uno solo que la merezca y salvar las libertades de un pueblo, habrá en ello también cierta belleza trágica y mayor suma de bienes positivos.

VÍCTOR ARREGUINE.

LA HORA TRISTE

La tarde está por morir — Sobre la pampa callada — Y en pleno fondo sangriento — En que la loma destaca — Los flecos del pastizal — Como una mancha que pasa — El ave negra se cierne — Perdiéndose en lontananza.

La tarde se está muriendo — Sobre la loma en lutada — Y en pleno fondo violeta — Ceñida al cuerpo la manta — Una mujer se recorta — Con la cabeza inclinada — Y en sí misma recogida — Como una pena que no habla.

La tarde recién ha muerto — Lloro en silencio la pampa — Regando su propio seno — Cual la mujer que adelanta — Y vá á borrarse en la sombra — Como tristeza que marcha — A través de otras tristezas — Por las estrellas veladas.

CAMILO DE COUSANDIER.



(Dibujo del mismo)

EL AMOR EN LA CALLE



Bajo la luz de la luna
Están sentados los dos
Viejos, y el calor de una
Esperanza —la fortuna—
Fugaz acaricialós.

Sin hablarse se contestan
Sus almas, la luz pasó
Y sus caras manifiestan
Que los dolores se aprestan
A enterrar lo que murió.

VIDALITAS

Hay flores hermosas
Vidalitá
Que al morir el día,
Brindan su fragancia
Vidalitá
Alma de su vida.

Es que acaso sienten
Vidalitá
Como el alma mía,
Y aman esa hora
Vidalitá
De melancolía.

La primera estrella
Vidalitá
Triste y soñadora,
Parece que piensa
Vidalitá
En algo que adora.

Quizá enamoradas
Vidalitá
De la blanca estrella,
Exhalan fragancias
Vidalitá
Esas flores bellas.

El cielo en la tierra
Vidalitá
Refleja tristeza,
Y en esa armonía
Vidalitá
Hay mucha grandeza.

En el campo inmenso
Vidalitá
Mudo y misterioso,
Semejan los árboles
Vidalitá
Sábios silenciosos.

Bella en esta hora
Vidalitá
Es Naturaleza,
Amo sus encantos
Vidalitá
Amo su tristeza.

Todo es poesía
Vidalitá
Todos son amores,
¡Y el hombre no olvida
Vidalitá
Indignos rencores!

Yo volcar quisiera
Vidalitá
Todos los amores,
Sobre el egoísmo
Vidalitá
De los corazones.

MARÍA JULIA GHIRALDO.

NEUQUENIANAS

Para Martín A. Malharro.

—¿Ves? La noche arropada con su piel de pantera
Lame el lomo sedito del silencio jadeante,
—Y arriba muele azahares la insomne jardinera
Y sopla sacarinas de senos en el aire.

—¿Oyes esos relinchos? ¿Ves tu las desgrefiadas
Crines de la ondulante desolación nocturna?
—Son tal vez sombras tristes de razas despojadas
Que huyen sobre el salvaje corcel de la pavora.

—¿Ves al Neuquén echado del desierto a las plantas?
—Es lebrele de Caciques cuidando sus tesoros,
Ante el cincel argentino de las estrellas ladra
O, hecho remanso, lame con sifilo sus oros.

—¿No oyes en sus cascadas los ecos musicales
De copas, besos, risas, canciones y violines?
—Es que al golpear la roca deliran los metales
Con morder perlas, rizos, y gloriosas efijies.

¿Por qué cuando se aleja de las chacras aulla,
Los brazos abre, y gime con sollozos de piedra?
—Porque al verlas floridas, su corazón de hulla
Arde en nostalgia postuma de praimita selva.

—¿Por qué en silencio estabas mirando tristemente
Mi sombra en las honduras hipnóticas del río?
—Porque vi que tu sombra luchaba contra el fuerte
Turbidón... y ... ¡ven! ¡Estrecha tu brazo con el mío!...

—Vamos hacia esos signos que el alamo membrudo
Nos hace con sus ramas al pié de la colina
—Es que al vernos amando, con su lenguaje mudo,
Sombras, arpas y mimos patriarcales nos brinda.

—No hollemos esta chacra: dolorosa y en cinta
Está ya por el roce brutal de los rastrillos
—¡Sufrí! Los sauces rezan; el ombú de rodillas
La bendice; y entonan su himno ritual los grillos.

—Esa gasa de brisa sobre el suelo patrio
¿No es el tamiz de ocasos con que el trigo se dora?
—Es el tal donde el silfo del germen frumenticio
Cierne azúcar de espigas y carmin de amapolas.

Chos Malal, 1904.

—¿Ves al toro? Se lame la piel para que quebre
La noche en su sedosa cerviz sus claridades,
—Y él, en cambio, en su pecho, quema mirras de fiebre
Y eleva su holocausto de inciensos estelares...

—Rumia la paz del campo en sus cojines de heno
Y esparce su mirada sensual por las campañas
—O infla el testúz de orgullo cuando fluye sereno
Júpiter entre el rojo cristal de sus pupilas.

—La cumbre de los Andes, filosa cimitarra
Está cegando en la osa plateada margaritas
—También allá en el valle la voz de la guitarra
Ciega dolor, y bruñe fecundas siemprevivas.

—¿Por qué el Tromel ¡tan vicio! incrusta en sus aristas
Golcondas, y las alerras sus senos le adelantan?
—Para que él les desgarré corpiños y batistas,
Les alee y evapore las nieves de su falda.

—¿Sientes este olor dulce de removida tierra?
—¿Sil por eso mi brazo te oprime mas ahora,
Por eso en pos de cierto jardín de carne y seda
Mis besos, como aviepas, susurran en tu alcoba.

—De esa luz entre el rancho,—flamíjera azucena—
Desprenden las guitarras aurisomos arpejos
—Y hechas rosas de májia las vidalitas vuelan
Regando en la negrura campal sus sortilegios.

—¿Por qué en la brisa vibran cristales invisibles?
¿Serán las cercanías de estrellas y de nieves?
—¡El orbe pasa! ¡Escucha! ¡no oyes en los confines
Roces de ejes y cintas de terciopelos leves?

—¿Veo el pulso vibrátil de la azulada esfera!...
¿Y aquí bajo plumajes, espumas y vellones
No oyes pulsar el rojo deleite de la tierra
En cálido y secreto latir de corazones?

—Entonces si te poso mi oído sobre el pecho
De astros, aves y feras el pulso escucharía?
—Y él que borda las flores y el que endulza al sarmiento.
—¡Ah! Y entonces... ¡tus labios en flor me embriagarían!

EDUARDO TALERO.

“Milonga” y “Gorrita” en Semana Santa



DECIME Milonga ¿vos crees en Dios?
—¿Me hablas en serio hermano o querés ti-
tearme?

—¿Porqué?
—¿Porque eso no se pregunta así, ché!
—Si te has enojao me callo. Pero, pa mi, que te hacés
el resentido porque no sabés que contestar. Y eso ha de
ser de miedo no mas...

—De miedo ¿y a quien?
—A Dios, pues...
—Bueno, mirá, te voy a hablar claro pa que no digás
que te equivo. Yo creo en Dios sabés, porque alguien
tiene que habernos hecho a nosotros.

—¿Abijuna el alguien ese!
—Ché bárbaro, si habías así, me largo solo con vientofresco.
—Pero miráte bien hermano y desí si el que nos hizo podía tener
entrañas...

—Eso es salirse de la cuestión. Vos me has preguntao si creo ó no creo
en Dios y yo te he dicho que sí y porque.
—¿Porque alguien nos hizo a nosotros ¿verdad?
—Está claro. Y al mundo, y a las estrellas, y al sol, y...
—Y hacé el servicio, hermano, de sugetar el pingo p porque vas a ro
dar. ¡A la fija!

—¿Estás fresco! ¿Entonces vos querés decir que nadie hizo todo lo
que estamos viendo?
—Yo no he dicho nada todavía.
—Pero yo se que eso es lo que vos pensás.
—¿Ni brujo que fueras!
—Decime ¡y quien te hizo a vos, entonces?
—Mi madre, pues.

—¿Y a tu madre?
—¿Dios querrás decir, no?
—¿Pero no véis que entonces a Dios tambien habrá te-
nido que hacerlo alguien?...
—¡A Dios!

—Claro está ¿ó Dios nació solo, entonces?
—¿Quien lo hizo a Dios, decime?
—...
—Ya te veo venir. Estás pensando en mentir hermano.
—No. Estaba pensando en que habia sido algun otro
Dios, ché...

¡Pa los pavos! Ahora sí que me parece que el que me ha titlao sos vos. A Dios lo parió un mosquito... Y el co-
madrón fué un alguacil... ¡Te lo juro, Milonga! Por esta! ¡.

JUAN PUEBLO.

EN el desierto, en las zonas ardientes, a la hora del cenit, el aire fulgura, brilla, y sus ondulaciones enciegan con sus reflejos. Aquello es un mundo de luz; ¡deslumbrá!—“¿Quién se atreve a salir en semejante hora!—La gente debe estar sesteando bajo los corredores.”—me respondí. Volábamos con el *sulky*, por escapar a la canícula. De repente, al llegar a una chilla, exclamo: “¡El tren!”—creyendo oír un silbido: “Será una trilladora, porque la estación está muy lejos.”—me dice mi acompañante. En el campo, el viento suelto traer al oído ecos semejantes,—quejas de ráfagas perdidas—y como me parecen siempre de las ánimas, volví a la conversación del trigo y su vasta producción. Durante la cosecha, no se habla, en estos parajes, sino de trigo, trigo y trigo. Es la política de las colonias.

Al poco rato, volvimos a oír idéntico silbido. Habíamos marchado algo. “¿Estarán trillando!”—exclamé inesperadamente. A los pocos minutos, divisamos en el horizonte un hilo expirante, negro. Semejaba, a lo lejos, la agonia de un volcán. No había duda: trillaban. Estábamos a legua y media, pero la marcha era tan vertiginosa, que bien pronto el viento nos trajo en sus alas un ruido acompasado, mecánico, muy semejante al andar del tren. ¡Un silbato! Este, sí, lo percibí distintamente, y resonó en mi alma, sin duda por la soledad, como una carcajada que precede al buen humor. En seguida otro y otros, rasgando el espacio, agudos y estridentes.

Al acercarnos, volvió a chillar repetidas veces, seguramente para saludarnos, é impresionados por el humo y el movimiento metálico, nos bajamos tan respetuosamente como quien entra a visitar alguna fábrica colosal. Era el efecto de este hallazgo inesperado al aire libre y en el desierto. No estaba todo tan despejado ni vacío. Quince o veinte parvas enormes, que parecían galpones, formaban un semicírculo, y en el centro, funcionaba la trilladora por medio de un motor. Sabéis mejor que yo lo que es un motor: una pequeña locomotora, por la forma, con sus silbatos, resuellos de vapor y alegres reflejos acerados. La máquina, como se dice a la trilladora, es una especie de wagon de ferrocarril. No descubre nada; cerrada herméticamente, apenas sale afuera la rueda motriz, donde se pone la correa que la comunica con el motor. Interiormente está su maquinaria, y de madera en gran parte, produce, en su funcionamiento, un ruido espantoso. Enfrente había otro wagon; era un depósito de herramientas y enseres que servía para dormitorio de la peonada en las travestías solitarias. Estas tres personalidades tenían ruedas de hierro con llantas chatas, para recorrer largas distancias y atravesar arroyos, tiradas por numerosas yuntas de bueyes.

En medio del movimiento acelerado é incesante de la trilladora, el motor silbaba, resollaba vapor y vomitaba humo por el caño. Entre este ruido infernal, que tendría alarmados a los zorros y vizecachos de una legua á la redonda en el fondo de sus cuevas, el personal, que se compondría de veinte hombres, trabajaba en un silencio melancólico, agobiado por el calor. El maquinista,—como se llama al director del motor,—estaba, con aire científico, al lado de su pieza, y un peon echaba á cada instante paja de trigo en la hornalla, mientras otro á brazadas, se la amontonaba al lado. Un tercero, en lo alto de un carro atracado á la trilladora y rebosante de gavillas, las echaba por arriba una tras otra con una horquilla, y en cuanto quedaba vacío, pontasele otro repleto al lado, mientras aquél volvía nuevamente a llenarse en las parvas. La máquina, de esta manera, tragaba constantemente gavillas, entretanto que por abajo arrojaba, como si fuesen residuos, la paja pura, que era llevada en rastras a la cincha y arrojada lejos. Atrás había cuatro bocas, por la que salía el trigo en grano á borbotones, limpio, puro, y caía en otras tantas bolsas abiertas, á estilo de las aguas corrientes.

Llenadas las bolsas, se sacaban, pero reemplazándose en el acto con otras vacías, que se oigaban de ganchos y tocaban el fondo en el suelo. Las bolsas llenas se coxian allí mismo, se colocaban cruzadas unas sobre otras y formaban pilas que nunca eran enormes, porque carretas y bueyes, en incesantes viajes, las llevaban á los galpones de la Estación. Nadie hablaba una palabra, y en medio de este ruido trabajo tan dividido, cada miembro de este personal iba y venía y llenaba su tarea en el más completo silencio. No se oía, en ese desamparo, más que el ruido de la máquina y los silbatos y pujos del motor que transmitían la impresión de una fábrica de trigo á la intemperie.

¿Como se verificaba esta transformación? Como una gavilla atada era en el acto desatada, convertida en paja inservible y en un chorro del codiciado grano, era una operación que nunca quise averiguar. No he nacido para violentar mis sesos, y temi que como el político de aquella célebre caricatura, empuñado en comprender el tratado de Berlín, estallase en explosión. Me imagino,.... como en la segadora, que, en el acto de entrar la gavilla por la boca, una mano la desatará, mientras que otras, con

igual celeridad y maestría, la despojarán de todos sus granos. ¿Qué más nos importa saber? ¿Qué tenemos que ver como la gavilla se convierte instantáneamente en un chorro de granos? Contentémonos con llevar las bolsas vacías, para retirárlas rebosantes, con más prontitud que si se tratara de agua. ¡De rodillas deberían de presentarse abiertas, porque sólo tenemos derecho á la admiración!

Los peones, para aguantar el calor, andaban desnudos, con un lienzo bajo de la cintura, á estilo de panaderos. Extrañando que anduvieran en cabeza, díjoseme que estaban *acostumbrados*; ¡sin embargo, enfrente yacía uno, bajo del carro, atacado de insolación! En las trillas, con peones al día, no hay siestas. Otro, servía en fuentes de lata un puchero hecho un olla descomunal, que hervía furiosamente por un fuego de leña de tala. El caldo, hecho con agua del tajarar, parecía chocolate. “¿Qué valientes!”—me dije—porque para estas cosas se requiere coraje en la vida. “¿Cuánto ganan?” “Un peso y medio.”—contestaronme,—sin alimentación, porque esa comida era pagada por ellos!

¡Adiós carne con cuero, tortas fritas y bailes de la antigua trilla! Cuando más, se pasaban, de vez en cuando la botella de caña rebajada y un jarro de agua.... sucia. ¡Así se trabaja en el campo, donde únicamente se produce mientras en las ciudades los mocitos charlan y se hacen leyes inconscientes para oprimir más al obrero! ¡Que injusticia, que ingratitude!

¡Sudaban los infelices! Silenciosos, mudos, me hacían el efecto de una tropa de esclavos, tanto más que el jefe usaba un sombrero de paja, de anchas alas, como los *faendeiros*. Los que ponían las bolsas en las pilas, en los carros ó hacían otros ejercicios de fuerza, lucían por la contracción, una poderosa musculatura. El color cobrizo, por su falta de bello, es más feroz y sano. A la sombra de una parva, casi me adormecí, vencido por la temperatura y el cansancio, y en un abrir y cerrar de ojos, parecíome estuáticas de terracota, empapadas por la lluvia, que abandonaban sus pedestales en un jardín, para ir y venir en tal cruce continuo, sonámbulas ó medio dormidas.

—“¿Esta gentes de aquí?”—“La mayor parte son indios de los *Chacos*.”—me contestaron. ¡Compañeritos, más argentinos que nosotros, porque tienen miles de años de nacionalidad! Había algunos, pacientes, doblegados mansamente y se resignaban como el buey ante el yugo; otros, de cabeza borrascosa, semejaban rebeldes ante el duro lote que les tocó en suerte.—“¡Aquel es un ratero que no tiene cabida ni en las comisarias, me dijo el colono, señalándome un muchacho de ojos vivaces. “Parece que ha perdido la maña.”—agregó. El trabajo, el trabajo, y sobre todo el sudor, que depura el cuerpo y libra el alma de malas tentaciones!

—“¿Y las casas?”—pregunté. “Están en la aldea, porque estas son chacras rusas,”—me contestaron,—y como me iba dando cuenta de las costumbres, me expliqué enseguida la anomalía de hallarse sólo las parvas. Pensé en la antigua manera de trillar; se me vino á la memoria la parva redonda, de forma cónica,—é, alambrado alrededor,—en el espacio intermedio, la tropa de yeguas pisando las gavillas arrojadas de arriba, mientras la latigaban de atrás,—y numerosos muchachos que iban á pedir pitorrios, apurándolas prendidos de postes. De ese pisadero, lleno de barro y bosta, se sacaba el trigo en pala, y había que aventarlo cien veces al aire para que fuese vendible en los molinos de la vecindad. “¿Qué diferencía!”—me decía, al verlo salir á chorros de la trilladora, embolsado, cosido á la vista, limpio, puro y pronto á ser exportado. ¡Con qué energía y prontitud trabajaba la máquina, y especialmente, ¡con qué limpieza y economía!,—porque no quedaba adentro un grano ni caía tampoco al suelo. ¡Libre, verdaderamente, de polvo y paja! ¡Con razón metía tanto ruido! Tendría conciencia de lo que hacía....

“¿Cuánto trigo darán estas parvas?”—“Seis mil fanegas.” “¿Cuándo terminarán?” “Dentro de cinco días; después iremos á la colonia San Antonio.” Saludamos y proseguimos nuestro viaje, perseguidos por los ecos, cada vez más suaves, de la admirable máquina y su motor nervioso, desahogado, hasta que se perdieron tras de la cumbre, volviendo otra vez á reinar el silencio en el desierto brillantado por el sol ardiente é interrumpido sólo por el rodaje de nuestra carrera. El calor principió á calmar, y oíase, de vez en cuando, el canto de algún grillo ó chicharra en los rastrojos. Al caer la tarde, tropezamos, en un arroyo barrancoso, con una trilladora y un motor, que yacían empantanados con todo su equipaje y no podían salir ni con diez yuntas cada uno. “No es lo mismo trillar que viajar.”—me dije,—y al regresar á la noche, veo en el horizonte, al dar vuelta, unos incendios enormes, que parecían devorar todos los campos. “Es la quema de la paja de la trilla, para evitar la mosca brava,”—me dice mi acompañante. ¡Parecían á la distancia, en la oscuridad, un campo de batalla en que los ejércitos combatían al resplandor de sus cañonazos!

LEYENDA

TAMBIÉN, como en los cuentos antiguos, esta nota podría empezarse así: «Este era un rey...»

Si, este era el rey de la pampa, el soberano del desierto, el indio indómrito que, alto el cuerno sobre el potro rebelde, corría con el huracán en pos del pillaje y la matanza.

El cristiano no supo ó no le pudo domar. La brava raza no se rendía al peso de la espada ni al peso de la cruz, y fué exterminada. A la lanza se opuso el fusil moderno manejado por el soldado, hijo de europeos.

La leyenda de la pampa es digna de la pluma épica. He aquí su síntesis:

Domínio absoluto del salvaje ayer, es hoy vientre fecundo que brinda al laborioso la espiga de la cosecha.

Allí, en esa hondonada donde crece vigorosa la planta alimenticia, cinco mil bárbaros esperaban con la lanza pronta al embite á la columna de ejército. que avanzó resuelta la noche anterior envuelta por las sombras.

El combate fué horrible, y cuentan que la furia del indio no cesó hasta que los fragmentos del cuerpo del último invasor fueron esparcidos al viento.

Después..... la horda cristiana pasó sobre el

desierto, como racha de fuego clamando venganza, y la pampa estéril quedó abonada para el futuro con los huesos de sus mismos dueños.

Así son casi todas las conquistas de la civilización: por eso se llaman conquistas.

Pero ¿pudo hacerse de otra manera? ¡Quién sabe! Tal vez hubiera sido cuestión de tiempo.

Lo que es verdad, lo que es innegable, es que una raza ha muerto; que un pueblo salvaje, como han sido todos los demás pueblos en su período de iniciación, ha sido exterminado por el poder del más fuerte.

Pero ¿pudo hacerse de otra manera? ¡Quién sabe! En el nombre de la civilización han caído muchas víctimas, tal como antes ¡oh sarcasmo! en el nombre de Dios.

Un pobre indio, hoy huésped del presidio, postre vestigio de una raza inmolada en honor al progreso, me ha sugerido estos pensamientos, brotados de no sé qué misteriosa inclinación hacia aquel sistema de paradisiaca

independencia, cuya pérdida, como lo demostrará el filósofo, sembró de espinas la vida, iniciando, al propio tiempo, la desastrosa lucha en que habían de agitarse las civilizaciones nuevas.

MARCO NEREO.

EL RATON INDECISO

Enviaron exploradores en busca de una nueva residencia, y aquella misma noche volvieron anunciando que habían descubierto una granja.

«¡Allá de seguida!» exclamaron los ancianos. El ratón viejo, que ya conocemos, salió al frente y dijo estas palabras: «¿Estáis todos? ¿Queréis salvaros emigrando á una patria nueva? Urge decidirse en seguida.» Un «sí» unánime resonó en las filas.

Pero el joven Grip, este era el nombre del ratón vacilante, ni respondió ni formó en la fila.

«No contestas, Grip», dijo el ratón. «Vienes?»

«No se que haga», respondió Grip.

«¿Cómo! ¿vacilas aún viendo el peligro?»

«Podrá hundirse el techo y podrá sostenerse».

«Quédate pues, y merecido lo tendrás si mueres hecho una tortilla», y dirigiéndose á sus compañeros añadió: «A vivir, ratones!» y la colonia se puso en marcha, dejando al indeciso.

Ya quisiera ir, pensó el ratonzuelo «pero está aquí tan calentito!»

Luego dió un paso, salió del agujero, pero la indecisión le decidió á lo peor, á volver á su aposento, más en aquel preciso instante sonó un ruido espantoso, crujieron las maderas y el techo se vino abajo. Al día siguiente vinieron unos hombres á examinar el siniestro.

Todos se extrañaron de no encontrar ratones entre las ruinas, hasta que, pasado buen rato, un obrero halló bajo una teja un ratoncillo muerto, con la mitad del cuerpo dentro y la mitad fuera del agujero



UNA vez había un ratón joven que no se se decidía nunca á tomar una resolución. Cuando los ratones viejos le preguntaban si quería salir con ellos por la noche, respondía: «No se qué haga!» y si le preguntaban: «¿Quiéres quedarte?» daba la misma respuesta. No quería tomarse la molestia de hacer una elección, ni siquiera indagaba lo que pudiera agradarle.

Un ratón anciano y de grave aspecto le dijo un día: «No te querrá nadie si continúas viviendo así; tienes menos ánimo que una insignificante brizna con que juguetea el viento á su antojo. Bueno es á veces no obrar según la voluntad propia; pero es malísimo carecer por completo de voluntad».

El ratón mozo lo escuchaba sin replicar.

«¿Qué piensas? di, dijo el ratón viejo tocándole una oreja con su pata delantera derecha, algo amoscado al ver aquella calma, más propia de un ratón de piedra que no de uno de carne y hueso.

«No se que diga», respondió después de una pausa mucho mayor que la que hubiera exigido una respuesta racional y bien meditada.

Al oírlo el ratón viejo le volvió la cola indignado.

Un día se sintió una gran conmoción en el granero: había filtrado la lluvia por las maderas del techo, rechinaban las vigas y todo anunciaba que amenazaba ruina. Temblaron las paredes y el pelo de los ratones se erizó de miedo.

«No podemos permanecer aquí, dijeron los ratones viejos. Es preciso abandonar este lugar.»

LA MUJER

La he visto en el Norte, encorvada sobre el surco, labrando el suelo con ansias y afanes de bestia. La he visto en el Mediodía celada, reclusa, esclava de los prejuicios sociales, objeto para su dueño de lujo y sensualidad. En el taller se la oprime y se la seduce. En la fábrica se la explota y apenas se la paga. Se aprovecha su miseria para deshonrarla y se la menosprecia después. Engañarla vilmente es para el hombre gran victoria de que se ufana. Más razonable, más dulce, más sumisa soporta en las clases inferiores de la sociedad toda la pesadumbre de la vida; al padre holgazán, al marido borracho, al hijo discolo ó ingrato. La señorita de nuestra triste burguesía aguarda resignada al varón que ha de asegurar su porvenir librándola de la indigencia. La dama del gran mundo reina en una corte de convención, sobre un trono de talco, ajena á todo lo que eleva y ennoblece la existencia, rodeada por una atmósfera malsana de elegante frivolidad.

¿Y decís que la habeis emancipado! ¿Y aseguráis que el Mesías ha venido también para ella! No, la hora de su emancipación no ha sonado todavía; su Mesías aún está por venir. Vosotros, hombres de fe, ¿que habeis hecho sino persuadirla de lo irremediable de su servidumbre, hacerla adorar sus cadenas, nutrir sus almas con las creencias destinadas á eternizar su cautiverio? Vosotros, revolucionarios, ocupados en ha-

cer y deshacer constituciones, ¿cómo no habeis pensado en que toda libertad será un fantasma mientras viva en esclavitud la mitad del género humano?

¿Y luego las matan! Ya se ve ¡las quieren tanto! En este país ultracatólico y profolhidalgo el asesinato de la mujer se va erigiendo ya en costumbre. Tener novio es, para una muchacha del pueblo, peligro mortal. No puede una mujer defender su honor contra las brutales exigencias de un macho imperioso ó rechazar las asiduidades de un importuno ó cansarse de los galanteos de un imbécil sin gravísimo riesgo de muerte. Para los galanes que ahora se estilan la dama de sus preferencias está obligada á soportarlos ó morir. A esta especie de crímenes pasionales se les llama homicidios por amor... ¡Por amor! Singular amor es ese que no procura el bien del objeto amado sino que le destruye y aniquila! ¡Amor sin generosidad, sin grandeza, sin sacrificio; que no sabe sufrir, ni inmolarse, ni perdonar; pasión de fiera, apetito de bestia, mezcla impura de concupiscencia y soberbia!

Matar es nuestro lema. Matamos por Dios, matamos por el orden, matamos por cariño. ¡Qué especie de raza es esta raza nuestra en que la religión se hace fanatismo, la política corrupción y hasta el amor, el santo, el divino amor, padre de la vida, se convierte en asesinato!—A. CALDERÓN.

DE UN ALBUM

Beatriz, Gioconda, Margarita!

Te cantó el Dante en tercetos de fuego, orlados de extraños fulgores; se inspiró en ti el divino Leonardo; te tejó Goethe un poema encantador—lleno de dulzuras paradisiacas y hondos estremecimientos,— que Gounoud cristalizó en un drama musical, con acordes egregios y melodías perdurables!

Eres la gracia, la eurytμία, la harmonía suprema!

De tu cuerpo de alabastro, de tus ojos verdes, de tu cabellera de oro—nimbada por un rayo de luz celeste,—surge todavía un resplandor que enceguece!

Beatriz!—Gioconda!—Margarita! Eres la síntesis de todos los amores, la verdadera encarnación del eterno femenino, la belleza inmortal!

LUIS BERRISO

LETANÍA POLÍTICA

(Para electores mansos)

Yo soy demócrata.—Viva Fulano.

Yo soy republicano.—Viva Fulano.

Yo deseo el bien del pueblo.—Viva Fulano.

Yo edificaré la casa por los cimientos.—Viva Fulano.

Yo traeré la república.—Viva Fulano.

Yo pondré el puente republicano.—Viva Fulano.

Yo haré la república social.—Viva Fulano.

Yo haré leyes para los obreros industriales.—Viva Fulano.

Yo haré leyes para los obreros del campo.—Viva Fulano.

Yo haré leyes para el trabajo de los niños.—Viva Fulano.

Yo haré leyes para el trabajo de las mujeres.—Viva Fulano.

Yo haré que baje el pan.—Viva Fulano.

Yo haré que bajen los alquileres.—Viva Fulano.

Yo haré que suban los jornales.—Viva Fulano.

Yo haré el ejército voluntario.—Viva Fulano.

Yo adoptaré el mauser socialista.—Viva Fulano.

Yo glorificaré la patria.—Viva Fulano.

No haré que se vuelva la tortilla.—Viva Fulano.

Yo voy más allá.—Viva Fulano.

Yo me pierdo de vista.—Viva Fulano.

Yo soy el que soy, mientras vosotros sois una m...asa.—Ten misericordia de los amasados, ¡oh tú que eres!

Yo no inclino la espina dorsal ni me rompo la cabeza.—Ten misericordia de nosotros que vivimos en masa porque no vemos más allá de las narices.

El que sea tonto que reviente.—Así es. (Ovación. Apoteosis final.)

La tarde enviaba su última caricia, suave como el beso de la madre alejándose de su pequeñuelo dormido.

En la silenciosa desolación de ese crepúsculo nostálgico, oculta á la mirada del rancho, Margarita erguía su tristeza.

Allá, sobre las lejanas montañas, palidecía la diluición de oro sobre el limpido azul, y ella, inclinada á un lado la cabeza, los brazos caídos, sierva inmóvil en lo alto del monte, al lado del turbión, parecía escuchar los pasos cautelosos de su destino

Debe haber una estrella maldita que nace con nosotros marcándonos ineludible el camino meditaba ella, poseída de las supersticiones de sus días sombríos. ¡Solo había sonreído en la niñez!

Después, la floración de sus amores, aquellas ilusiones alimentadas en la reclusión del hogar, en las horas del hastío interminable.

Adormecida la sangre en las mejillas, recordaba Margarita, palideciendo bajo la flagelación inexorable.

Sentía odio contra ella misma, contra su inocencia por haberse entregado á caricias engendradoras del vértigo.

Sentía odio ... no era odio ... era algo como un impotente sentimiento de rebelión siempre sofocado, contra su familia, contra su madre, ellos que en los cuatro años posteriores á su caída, la apostrofaban cada día por su delito.

¡Ellos que, en los días del abandono y del engaño, parecían querer lapidarla, ahogando antes de nacer el fruto cien veces maldecido!

¡Ellos que, más tarde, la azotaron el rostro con sus frases calientes de odio, ante sus caricias y sus lágrimas para el inocente pequeñuelo!

Estremeciöse Margarita, sacudiendo el busto é intentando separar de sus sienas la cabeza ponzoñosa de la serpiente evocadora y dió un paso con resoluciones de desesperación.

Estaba resuelta: se entregaría á ese otro hombre, daría su mano á ese pretendiente cegado por la pasión...

Le entregaría como un mendrugo despreciable su cuerpo codiciado por la bestia, le daría sus encantos corpóreos, pero nunca, jamás, en ningún momento, obtendría la posesión de su alma; eso muy grande que ella llevaba sujeta á su envoltura ruin, débil y cobarde, se guardaría para ella sola, para el culto santo de su amor materno, esa alma, ese corazón que los hombres miraban como un andrajo, despreciable como un trapo sucio de cocina.

¡Descender un poco más en la degradación de su vivir, undirse más en los laberintos fangosos de su existencia, undirse en procura del encuentro saludable con el rayo de sol!

Desasirse de la jauría sanguinaria, para caer entre las patas del perro en la época del celo!

El llamado á lo lejos, enérgico, casi amenazante de su madre hizo estremecer á Margarita.

Regresó á la casa muy lentamente y en un recodo del camino, incorporósele la madre regañándola por el abandono momentáneo de la conversación con su pretendiente.

Margarita penetró sola al interior de la vivienda humilde y fué á ocupar una de las sillas, bajando los ojos ante la mirada lujuriosa del futuro esposo.

El acercóse más hacia ella, halagado por la naciente oscuridad de la habitación y su mano acarició el suave cuello de la joven.

Indefensa ella, fijó su vista afuera, bajo el parral, allí donde el pequeño Mario jugaba á la orilla de la acequia.

Creyéndola disgustada todavía, él trataba de arrullarla:—Te has enojado? ¡Qué empeño en hacerle cariños á ese mooso! Parece que no te puedes olvidar del otro...

Por fin penetró la madre y él se levantó para despedirse, saliendo los tres hasta el palcenque.



Allí cambiaron todavía algunas palabras y luego él, montando en su caballo, envió á las dos mujeres su último saludo y se alejó al galope.

Madre é hija quedaron un largo rato, inmóviles, silenciosas hasta que aquel prorrumpió:

—Martín tiene razón, ¿cómo va á querer hacerse cargo de hijos que son de otro? Ya hace tiempo que debías habérselo entregado á su padre.

Se lo daremos á la Eleuteria, que ella lo conchave, que lo meta en un cuerpo de línea cuanto tenga la edad. Nosotros no debemos verlo más, aquí.

Calló por fin la madre despiadada, reinó de nuevo el silencio de esa noche trágica y oscura.

Margarita, anonadada, sintiendo en la frente la loza fría del sepulcro, creyó troncharse sujetos al suelo sus pies por misteriosa atracción. Saltó entonces la angustia sobre ella, clavándole sus garras, y su pecho azorado por el golpe, siervo acorralado y sin salida, ave apresada en el zarzal, agitóse en mudas convulsiones.

Un oleaje de lágrimas humedecióle las pestañas y ella avanzó hasta la casa, penetró en el obscuro aposento y arrodillándose delante de su cama, dejó caer la cabeza en las almohadas.

Estremeciöse sintiendo en las mejillas el álito de un niño dormido; lo reconoció, era su hijo, y poseída del ansia de acariciarlo con ímpetus insensatos, con caricias desesperadas, con arranques de dolor enloquecido, lo besó muchas veces en la boca.

Despertóse el pequeñuelo, despertóse sintiendo en su frente y en sus ojos, lágrimas tibias, lágrimas de martirio y de agonía, lágrimas de desesperación inmensa. Conmovido él, afijido por el dolor materno, ageno á los grandes dramas del dolor, intercalados por las pasiones del odio y de venganza, muy compasivo, muy miedoso, preguntó:

—¿Mamá, por qué lloras?... ¿por qué lloras mamá?

CIENCIA POLÍTICA

EXÁMEN de incorporación.

- Dígame usted, señor examinado, ¿que es política?
 —Es la ciencia que enseña á vivir del presupuesto.
 —¿Qué cosa es el presupuesto?
 —Es el puchero nacional, donde todos anhelan meter la cuchara.
 —¿Como se divide la política?
 —Se divide en partidos.
 —Muy bien. ¿Puede usted decirme cuántos partidos hay?
 —Dos: el de los que están encima y el de los que están debajo.
 —¿Cómo funcionan estos partidos?
 —Los de abajo gritando contra los de arriba, y los de arriba aplastando á los de abajo.
 —¿Suelen invertirse éstas funciones?
 —Sí, señor, por medio de un cambio de papeles que determina una *revolución*.
 —Y entonces ¿qué sucede?
 —Sucede que los que han aplastado gritan; y los que han gritado aplastan.
 —Perfectamente. ¿Quiere usted decirme para que sirven las *revoluciones*?
 —Para que la cola del organismo político se convierta en cabeza y la cabeza en cola.
 —¿Se obtiene por medio de esta inversión algún beneficio público?
 —No, señor; porque el orden de los factores no altera el producto.
 —Bien contestado; pero ha de saber usted que en la variación está el gusto. ¿Eh?
 —Sí, señor.
 —;Hemos concluido!
 —Tin.

El secretario.—Aprobado.

JACK THE RIPPER.

“LA PROTESTA”

Con la misma gallardía con que durante varios años ha sostenido entre nosotros el ideal anarquista, este valiente paladin de la causa obrera ha resuelto continuar diariamente su obra de propaganda. Al saludar á «La Protesta» en su nuevo y progresista periodo de existencia lo hacemos deseando que vientos prósperos la empujen. La imprenta y administración del nuevo diario han quedado instaladas en la calle de Córdoba 359—Buenos Aires.

Galantería suprema

AVISO

Á LOS SUSCRITORES DE MARTIN FIERRO

Se ruega á los señores suscritores del interior se sirvan remitir, en bonos postales, el importe de la suscripción correspondiente al primer trimestre; lo mismo agradeceríamos á los de la Capital que viven lejos, hagan la remisión de su importe en la forma que encuentren más cómoda.

LA ADMINISTRACIÓN.



—¿Un mate mi negrito?

—Si lo ceban
 Esas pinzas rosadas ¿quien resiste
 A absorber el brebaje? ¡Ni el suplicio
 Viniedo de tus manos fuera triste!

MARTIN FIERRO

SEMANARIO ILUSTRADO DE CRÍTICA Y ARTE

Redacción y Administración: Lima 487 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRICIÓN ADELANTADA

EN LA CAPITAL:	}	EN EL INTERIOR:
Trimestre..... \$ 1.20	}	Trimestre..... \$ 1.80
Año..... " 4.80	}	Semestre..... " 3.50
Exterior: \$ 4.— oro al año	}	Año..... " 6.—

. Número suelto: 10 centavos -- Provincias: 15

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

BIER-CONVENT

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

DE

LUZIO Hnos. Y MONTI

RESTAURANT

y CERVECERIA

SALONES ESPECIALES PARA

FAMILIAS Y BANQUETES

Rocca y Martinelli

MOBILIARIO y TAPICERÍA

Reproducción de muebles y decoración de estilo

**GRAN SURTIDO PERMANENTE
DE MUEBLES DE TODAS CLASES**

Corrientes, 990 Buenos Aires

10

Ghiraldo & Cia.

**EXPORTADORES DE HARINAS
Y CONSIGNATARIOS DE FRUTOS DEL PAÍS**

Calle SAN MARTIN, 253

BUENOS AIRES

U. Telefónica 1777, Central Telegramas: MONTECOR

11

A. CABEZAS

UNIÓN 2112, (Avenida) COOPERATIVA, 717

Calle CUYO, 546

entre FLORIDA y S. MARTIN

BUENOS AIRES

La casa más importante de Sud-América en Ropa Hecha y Sobre Medida

CALZADO Y SOMBREROS PARA HOMBRES, JÓVENES, NIÑOS, SEÑORAS Y NIÑAS

Recién inauguradas las Secciones de
CAMISERÍA-BONETERÍA-CORBATAS

**LA QUE CONFECCIONA MEJOR Y VENDE
MÁS BARATO EN TODO EL MUNDO**

CATÁLOGO GRATIS

12

LIBROS

Se halla en venta en todas las librerías y kioscos la segunda edición de **EL CREPÚSCULO DE LOS GAUCHOS** (estado actual de la República Argentina), al precio de **0.60 cts.**, por **FÉLIX B. BASTERRA**.

EL ESPÍRITU AMERICANO, (periódico de evolución) a **0.20 centavos**.

Los pedidos por mayor pueden hacerse a la agencia de **MARTIN FIERRO** en Montevideo, calle Cerrito, 11.

FOTOGRAFIA

REFFO

Defensa 861 - Buenos Aires

16



ARMONIUM-SKALA

Cualquier persona puede tocarlo

Conozca ó no la música

\$ 90 CON PIEZAS
É INSTRUCCIONES

GUITARRAS - MANDOLINES - CÍTARAS

Se reciben suscripciones a los periódicos quincenales "IL MANDOLINISTA" é "IL PIANO FORTE, de Turin.

PESOS 2.50 POR AÑO

Casa **TONINI** FLORIDA 470

13



Bazar de la Favorita

Exposición permanente de menajes para instalaciones de casas y casamientos. Por 60 pesos se remite un menaje compuesto de un juego de mesa, loza inglesa decorada, un juego de cubiertos metal blanco, un juego de copas grabada, un juego de lavatorio, una lámpara comedor, una batería de cocina enlozada, total: 171 piezas por solo 60 pesos lo que vale 100.—Menajes grandes de 285 piezas por 100 pesos.—Menajes de lujo, de 340 piezas, por 195 pesos.—Casa especial en artículos de fantasía para regalos con estuche y sin estuche.—Precio fijo sin competencia.—Juegos de mesa, loza inglesa, decorada, desde 18.50.

FRANCISCO LIEZ

675 - PERÚ - 677

18

TALLER DE FOTOGRAFADO

— DE —

JORGE WEISS

Clichés para obras, avisos, catálogos, revistas, marcas, etc. Grabados en zinc y cobre.—Fotolitografía.—Cromoautotipia.

S. del Estero 264 -- Buenos Aires

U. Telefónica 246. (Libertad)

19

CLISÉS EN VENTA

En la administración de MARTIN FIERRO, (Lima 487), pueden adquirirse, á precios convencionales, los clisés de todos los dibujos y fotografías publicados en esta revista.

AGENCIA

— DE —

“MARTIN FIERRO”

EN EL ROSARIO

1288-CALLE CORDOBA-1288

LIBRERIA DE EMILIO SOTELO

Especialidad en libros sociólogos y científicos

EDICIÓN COMPLETA DE SEMPERE

Surtido general en artículos de librería y papelería

SUBSCRIPCIONES Y AVISOS

★ CIGARRILLOS ★

FEDERACIÓN

SON LOS MEJORES

Á 10 CENTAVOS